

mente á los más contrarios afectos, era tornadiza y móvil en sus privanzas y en sus amores. Prendóse de Darnley con verdadera exaltación; y le hizo en seguida esposo y monarca, sin pararse, ni á prever las consecuencias políticas de tal enlace, ni á sondear las profundidades íntimas del propio corazón. Cual no estudiaba María las consecuencias políticas de sus actos, tampoco estudiaba la duración de sus propios afectos. Antes del matrimonio, su elegido la dominaba con soberano dominio, y conseguía de su fácil amor las mayores distinciones. Después de su matrimonio, desvanecida la ilusión primera, extinto el amor, satisfecha una engañosa pasión, más viva que durable, despojado el ídolo de los esmaltes con que lo adornara su propia fantasía, comenzó á sentir una repugnancia contra él, sólo comparable, por lo exaltada y lo vivaz, á su antigua inclinación. Y si, al fin, semejante engaño de sí propio lo purgara con una reconcentración profundísima dentro de su conciencia, cual exigían sus deberes de reina y de mujer, todavía encontraba excusa en la conciencia y compasión en la historia. Pero María Estuardo se apartó de su esposo á los seis meses apenas de casada, para caer, por su mal, bajo la deshonrosa tutela de torpe favorito. Y estas caprichosas voluntariedades, aumentan la gravedad suma de su inconstancia y la reprobación severa del humano juicio inscrito definitivamente en los anales de la historia por la humana conciencia. Este favorito se llamaba David Riccio, joven italiano, con todas las supersticiones católicas y con todas las corrompidas costumbres propias de aquellos extraños tiempos. Apenas contaba treinta años, cuando por su prestancia personal y sus habilidades artísticas, había pasado en Edimburgo nada menos que de criado del embajador saboyano á favorito de la Reina María. Muy apuesto de figura; en sus ademanes y en sus palabras atrevido; placentero y regocijante, por lo agudo del ingenio y lo abundoso en gracias y en destrezas; culto, pues había bebido la cultura esparcida entonces en los aires de la hermosa Península y con tan extraña facilidad respirada por todos cuantos en ella vivían; gran tañedor de cítaras y violas; dotado con algunas inspiraciones de músico y compositor; de voz agradable y de facilidad para componer ó recitar versos de sus poetas nacionales en aquella lengua de los dioses; el joven Riccio debía brillar mucho entre aquella corte compuesta de severos predicadores calvinistas y de rudos patricios feudales. Camarero en sus comienzos de María Estuardo, elevóse bien pronto á secretario, y de secretario á conductor principal en los negocios extranjeros, á ministro, privado, favorito. Él anudó las relaciones de la Reina con el Papa; escribió los más temerarios despachos á Felipe II; urdió las intrigas escocesas en la corte de Francia; fomentó las rebeliones de la liga; conspiró contra el poder de Inglaterra; dispuso el matrimonio de María; y no contento con el poder oculto granjeado á la fortuna por su prestancia y por su ingenio, brilló con todos los esplendores del lujo, sin miedo á la envidia, y compensó las humillaciones sufridas en su baja condición primera con todos los extremos de una insolente arrogancia. Darnley, que le debiera su matrimonio y su co-

rona, guardóle grande amistad, mientras estuvo en paz con su mujer y con su Reina. Pero, después de sobrevenidas terribles desavenencias matrimoniales, imputóle una desgracia, sólo imputable, aparte las veleidades propias de María Estuardo, á sus propias ambiciones vanas, á su engreimiento pueril, á su dureza cruel, á su cobardía irremediable, á sus tránsitos de las bajezas más viles á los ensoberbecimientos más orgullosos. El amor se inspira por prendas corporales del físico; pero sólo se conserva por virtudes soberanas del alma. Bajo en sus sentimientos, vulgar en su conversación, destituido de ideas, propenso á todas las sensualidades, pasaba el nuevo Rey del juego á la bebida; y de la bebida á la caza; y de la caza á la orgía; sin curarse mucho, mientras ella le quiso á él, de la mujer que le alzara por amor á su lecho y á su trono, y tratándola con la dureza de un tirano brutal, y no con la cortesía de un caballero y menos con el amor de un esposo; por todo lo cual se la enajenó en términos de trocarse la pasión del amor antes sentida, en pasión de reconcentrados odios, los cuales llevaban, por desgracia, en sus entrañas, ponzoñosos gérmenes de desventuras trágicas. María prometió á su novio dignidades y honras y riquezas, regateadas luego á su marido. Entre todas ellas, descollaba, como la mayor, aquella conocida con el nombre de corona matrimonial, por cuya virtud el título de monarca no debía reducirse á simple honor, sino extenderse á coparticipación efectiva en el supremo poder y en la real soberanía. Mientras Darnley aguardó con esperanza de logro tamaña dignidad y poder del favor obtenido por las gracias de Riccio en el ánimo de María, estuvo muy de buenas con el privado: mas le declaró guerra implacable y á muerte así que cayera sobre su pecho la persuasión del irremediable malogro de sus ambiciones. Y un día dijo á sus confidentes haber descubierto que Riccio era el amor predilecto de su esposa y el criminal causante de su desgracia y de su deshonra, por lo que prometía sin escrúpulo ante Dios y los hombres tomarse bien pronto de él cruentísima venganza.

Enseguida comenzó la conspiración, como sucede en todos los pueblos corrompidos por los venenosos miasmas de la guerra civil y de la perdurable anarquía siempre que se desconoce ó hiere con justicia ó sin justicia cualquier interés importante. Darnley confió á su primo Douglas las heridas que sentía en sus ambiciones y en su honor; Douglas comunicó á Ruthven las quejas del monarca consorte y sus aspiraciones á obtener un cruento desquite. Ruthven se dirigió á Bandolf, quien ya pudo comunicarse con Leicester en Londres, y comenzar la organización del poderoso partido inglés y presbiteriano, devolviéndole su antiguo influjo en toda Escocia. De aquí la red fué urdiéndose hasta recoger á los Lorcs desterrados y captar al mismo Murray, el gran ministro hermano de la Reina, que por tanto tiempo dirigiera el gobierno y que tan poco se conformara luego con su destierro y con su desgracia. Uno de los fenómenos más frecuentes y más significativos de los pueblos perturbados, es la facilidad con que se forman todas estas coaliciones inverosímiles entre



partidos irreconciliables. Los que más se habían odiado en otro tiempo concertábanse ahora en estos cambios bruscos de la temperatura política y á estos vientos caprichosos de las grandes pasiones, Murray, levantado en armas contra María por odio á Darnley, asociábase ahora con Darnley por odio á María. En conjuración tan vasta entraron desde los proscritos en Inglaterra hasta los cancilleres de la corona. Y urgía un pronto golpe, porque la Reina estaba en ánimos de aplicar la confiscación así á su hermano Murray como á todos los partidarios de éste y tenía convocado á tal fin y objeto un dócil Parlamento. Pocas veces la conjuración se ha tramado con tanto sigilo en el mundo. Citas, entrevistas, convenios orales, pactos escritos, viajes patentes, maniobras ruidosas, sombinaciones múltiples en aquella larga y extensa trama se sucedieron sin que lo advirtiese la infeliz Reina, y mucho menos su confiado y fervoroso favorito. Y sin embargo tramaban la muerte de Riccio, la servidumbre de María, el fin de las conjuraciones católicas, la corona matrimonial para Darnley, la restauración del antiguo poder de Murray, el reintegro en sus privilegios y en sus bienes de los Lores proscritos, el restablecimiento de todas las supremacías que hasta entonces gozara el dogma calvinista, la designación de un gobierno que pusiese á raya los caprichos de la reina por medio de complicada liga, en cuyas legiones entraban ministros de la corona, señores del territorio, guerreros conocidos por su fidelidad inquebrantable á la monarquía, sacerdotes de la nueva fe, presbiterianos estóicos, profetas supersticiosos, todos resueltos y decididos á morir mil veces antes que ser juguete de los caprichos de una mujer desvariada y de los mandatos de un aventurero italiano, más propio para los espectáculos de un teatro que para los oficios de un Estado. Y el italiano y la Reina, contra quienes todas aquellas maniobras iban dirigidas alevemente, dormíanse á una en la más ciega confianza. Cierta día Riccio se dirigió á uno de aquellos magos, tan conocidos en el siglo décimo-sexto por sus pronósticos, los cuales en la vida privada tenían todo el influjo que los dichos de los oráculos paganos en la vida pública de los antiguos griegos y latinos. Esta clase de pronósticos se formulaban generalmente por los pronosticadores en palabras de oscuro sentido y susceptibles por tanto de varias interpretaciones. El valido quería saber su horóscopo; y lo preguntaba con instancias al profeta de profesión. Éste, después de indagar los años de su vida, el día de su nacimiento, el signo zodiacal bajo cuyos auspicios naciera, el planeta indicador de su personal suerte, las varias rayas de su mano, y otras cabalísticas informaciones análogas, díjole que desconfiara mucho de un bastardo, el cual podría con aviesos intentos interponerse taimado en su camino y causarle daños irreparables. Riccio no se acordó en aquel momento de Douglas, bastardo también como tantos señores poderosos de tales tiempos y principal urdidor de la espesa red en cuyas mallas iban á cogerlo, como á inocente pajarillo; y creyó dirigida la terrible alusión á Murray, contra el cual tomara todo género de precauciones, desterrándolo á Inglaterra, y al cual infligiría de nuevo castigos tan grandes como la con-

fiscación de sus bienes preparada ya para el próximo Parlamento. Alzóse, pues, de hombres al oír la cracular sustancia, y se contentó con que María escribiera una especie de respuesta imprudente á las quejas de los señores airados contra el valido, comparando las virtudes y méritos de éste con la soberbia y rebeliones de aquellos en una comparación temeraria. Y no se les ocurrieron mayores preservativos contra la calamidad horrible que se les venía encima. Pues, á más andar, llegaba ésta sobre ambos. El Parlamento acababa de abrirse con toda solemnidad el 7 de Marzo; y la Reina personalmente acababa de proponer las medidas extremas contra sus enemigos y de anunciar una nueva política en lo tocante á materias sociales y en lo tocante á materias religiosas. El acta contra los Lores proscritos debía votarse con seguridad el 12 de Marzo, y para el 9 se había señalado el golpe definitivo y supremo por los despiertos y avisados confabuladores de la horrible trama, convenidos todos en tomarse la justicia por su mano, y en apellidar sentencia jurídica y solemne al decidido asesinato de Riccio. Pero cuanto más el terrible daño se acercaba, más crecía el descuido incomprensible de las víctimas, ambas indiferentes en el minuto supremo en que las aparejaban ya, no con mucha cautela y disimulo, para el horrible sacrificio. En efecto, innumerables hechos acaecidos por entonces hubieran podido servir, en ánimos cautos y vigilantes, de verdaderos presagios. El embajador de Inglaterra procuraba recursos metálicos así al bastardo Murray como á sus cómplices, y la Reina lo había lanzado resueltamente de su Escocia con valor rayano en temeridad, sin curarse de sus inmunidades diplomáticas. El agitador, conocido por sus exaltaciones y por sus vehemencias, Randolph, se retiraba sigilosamente de la corte, como quien retrocede para tomar aliento al emprender una carrera ó al dar un salto. Los predicadores mismos, en sus no recatados discursos, revelaban con claridad las tramas urdidas por la conjuración. Los nombres más resonantes de la Biblia, las figuras de Reinas idólatras más maldecidas por los profetas hebreos, los tiranos de Nínive con sus cenas orgiásticas y sus palacios incendiados por el fuego celeste, surgían á cada paso en períodos tonantes de sermones apocalípticos y señalaban las sentencias fulguradas contra la pobre María y su desgraciado favorito. Pero aquélla y éste, libres de la tutela pública del conde Murray, así como de la tutela privada del monarca Darnley, dábanse á todos sus gustos, y vivían embebidos en una fiesta incesante, donde corría el vino á torrentes, y los ánimos exaltados por el placer se disipaban á una en báquicos cantares y en voluptuosos conciertos. Era sábado por la noche, el día 9 de Marzo de 1567. La Reina tenía cena con gente íntima, y comenzaba la fiesta. Diciendo que cenaba con gente íntima, excusamos decir que no asistía el detestado marido. Este cenó temprano, á las ocho, y fingió retirarse y recogerse pronto, so pretexto de dolerle mucho la cabeza. Habitaba Darnley con sus domésticos el entresuelo de palacio; y María el principal. Pues bien, mientras los comensales de ésta se reunían arriba, reuníanse abajo los conjurados con aquél. Y cuenta que no eran pocos en número los últi-



mos, pues á más de doscientos ascendían, y llevaban todos muchas y muy pesadas y muy resonantes armaduras y rmas. Pero, como en todas las tragedias, cuanto más el daño de la traición se acercaba, más crecía el desapercibimiento de los traicionados. En estrecho gabinete, para que la intimidad fuese mayor, cenaban la Reina María, el favorito Riccio, el comendador Holyrrood, el patricio Erskine, y otros varios magnates. De señoras, sólo se hallaba presente Lady Argile, ó sea Juana Estuardo, hija natural de Jacobo V, y por ende, bastarda hermana de María. Pocas veces reinó tanto júbilo como en aquella noche horrible, allí donde con tanta frecuencia festejos análogos se sucedían por la propensión á semejantes placeres de la sensual soberana. Humeaban las sabrosas viandas en los argentados platos; olía el vino, en venecianas copas escanciado, desde áureos cincelados jarrones; bajaba del techo mustia luz, contenida en lámparas de corte clásico, cual convenía, en los retiros de la severa Escocia y en las alturas del combatido trono, á quien fuera un día, por las orillas del Sena y del Loira, encantadora diosa, consagrando las primicias de su hermosura y de su ingenio al culto religioso del artístico Renacimiento. Un hecho sencillo demostraba el fundamento de ciertas sospechas y rumores. Todos los caballeros asistentes se hallaban descubiertos; y Riccio tan sólo cubierto. Reunión de regocijo y esparcimiento para los allí congregados, hablábase de todo con variedad y ligereza; de arte, de literatura, de ciencia, de amor, menos de política, en el instante mismo en que la política tramaba una de sus mayores tragedias. Serían las nueve, cuando el festín se hallaba en sus comienzos, y por un corredor estrecho y oscuro, donde había una recatada escalera interior de comunicación íntima y secreta, subían los conjurados, mientras bromeaban á una y reían los comensales. Darnley entró el primero, y solo. Después de haber dejado á sus compañeros en los salones interiores, convenientemente distribuidos, colocóse tras el sitial de la Reina su mujer. Al verlo ésta, le tendió los labios, y en presencia de todos, le dió un ruidoso beso. Todavía no estaba en los aires apagado este plácido eco de amor, cuando se dibujó siniestra y torva la figura del odio. En efecto, detrás de Darnley, el cual venía vestido con los brocados y terciopelos propios de un Rey, apareció Ruthven, quien debía representar el papel de verdugo en tan supremo instante. Enfermo de gravedad, y sostenido sólo por el odio de pie; con su tez pálida, con su barba descompuesta, con sus facciones alteradas por el dolor, con sus miradas lúgubres, parecía un resucitado recién despierto del sueño de la muerte, ido á festín semejante con su armadura feudal, desde las profundidades horribles de cualquier pudridero y desde las losas frías de cualquier sepulcro. La Reina, que no reparara mucho en la presencia de su esposo, alarmóse mucho así que vió aquel aparecido, especie de siniestro esqueleto ambulante, cuyos huecos ojos destellaban los fuegos fosforescentes propios de un cementerio á la hora de las ánimas. La extrañeza en tales términos la sobrecojió, que no tuvo María ni ánimo siquiera para dirigir una interrogación de curiosidad al espectro. Riccio, más asustado, como por

su instinto de conservación advertido, inclinábase hacia la Reina, queriendo huir á las miradas que le dirigía Ruthven tras la sombra de su augusta protectora. Y mientras María miraba con los ojos fuera de las órbitas al importuno y no esperado caballero, entró en el estrecho gabinete irrupción mayor de gentes nobles, armadas con puñales desnudos y pistolas próximas á romper el fuego y apuntadas al pecho de los comensales. Ya no podía caber duda; la conjuración asestaba su tremendo golpe á la regia cabeza. Herida María por tan grave desacato, aun pudo, en su natural azoramiento, conservar la inalterable majestad, propia de su soberanía, é inquirir con soberbias é imperiosas interrogaciones la causa ocasional de tan extraña visita. Para contestarle, aquellos cárdenos labios de Ruthven y aquellos siniestros ojos tomaron animación singular, formando extraordinario contraste los calores de sus pasiones con la frialdad y la palidez de su cuerpo. Y por lo mismo, su voz parecía salir de una caverna diabólica, no de un pecho humano, cuando á María dijo que venía en busca del italiano, quien estaba mucho más tiempo en aquella estancia del que debiera permitirle tanto su dignidad de Reina como su honra de mujer. Entonces la Estuardo, á pesar de su valor y de su serenidad increíbles, azorada por aquellas reconvenciones dichas con sobrenaturales acentos, cual si hubieran alcanzado los muertos permiso de hablar en el mundo, preguntó á Ruthven qué ofensa le infiriera su privado. Al oír tal interrogación, éste, fuera de sí por el terror que le había súbitamente asaltado; trémulo, desde los piés á la cabeza, con el frío temblor de un horroroso espanto; después de haber convertido sus ojos á todas partes para buscar un sitio donde huir, si preciso fuese, de sí mismo, se ocultó aún más tras la persona de su ama. Y el espectro contestó que Riccio agraviaba con su presencia en palacio al honor del Rey, á la libertad del pueblo, á las cosas más sacrosantas. La Reina, metida ya en una especie de acalorada disputa con su vasallo, le recordó arrogante la humildad con que debían presentarse tales quejas, y la existencia de tribunales y Cámaras con atribuciones para declarar la justicia. Y como Ruthven hiciera entonces un ademán que delataba su propósito firme de tomarse por mano propia esa justicia, María tendió hacia él sus dos brazos, recordándole que contraía con aquel agravio inferido á la soberana, y aquella desobediencia irreverente á los regios mandatos, las responsabilidades anejas á un crimen de alta traición y á un reo de lesa majestad. Buen caso hizo Ruthven de los imperiosos ademanes de aquella Reina infeliz, destronada ya, sino del trono material erigido por los siglos pasados y por los derechos hereditarios, del trono moral asentado sobre la veneración de sus vasallos. Por no temer nada, el verdugo no temía siquiera, moribundo como estaba, la muerte, cuyo hedor próximo se difundía ya por sus venas agotadas y exhaustas. Así, extendió el brazo con la furia que un tigre la zarpa y que un milano las uñas, sobre el cuerpo de Riccio. Este, dando un grito, de esos que sólo en situaciones supremas pueden darse, grito estridente como si todos los puñales forjados en el mundo se clavaran á una en los pobres átomos de su cuerpo,